

Joseba Etxebeste Otegi*A Georgina*

La joven se levanta de la cama, se arregla la coleta y de un gesto mecánico separa el largo flequillo de su frente. El arco de la espalda, la corpulencia y el pelo que cuelga frente a sus ojos hacen que la mirada surja desde el fondo de una cueva, como oculta detrás de una cascada de agua. Los ojos, hermosos y del color del fondo terroso del cauce del río, brillan detrás, escondidos, y se adornan con una sonrisa que sigue una olvidada ley juvenil que la hace saltar de la euforia a la tristeza. Está contenta por los abrazos y cariños que le han brindado los suyos en el desayuno. Se han cabeceado unos contra otros, la han besado en la frente y con un zumo de naranja y un pan con tomate la han dejado marchar. Hoy se enfrenta al primer día de su diecisieteavo cumpleaños.

Las amigas la esperan en los porches de la plaza, la abrazan, la felicitan, y caminan juntas hacia el instituto como un día cualquiera. Olvidan rápido la celebración para hablar de los quehaceres y amoríos. Se ríen acusándose unas a otra de poner cara de acelga cuando se cruzan con los chicos: alguna de ellas tuerce la cara y mira de costado, otra parpadea como una mariposa y las más discretas mantienen una sonrisa congelada que dura hasta que han doblado la esquina. La conversación sobre las pasiones siempre gira sobre suposiciones: nadie ha visto ni oído nada, no hay modo de confirmarlo ni de negarlo, así funciona; se habla, se habla y se habla y luego no se sabe si es cierto porque se ha hablado o se hablado porque es cierto. Es un juego peligroso conversar sobre gustos en el tema de novios y amigos; el riesgo está en que la confesión viaje de boca en boca hasta oídos interesados y se transforme lo dicho jugando, en un hecho veraz. Ya lo han discutido muchas veces, no tiene remedio. Siempre se acuerda de lo que hizo Mireia, la amiga de Nuria, amiga entonces ya que después dejaron de serlo. Contó antes de la fiesta de fin de curso que Nuria se moría por aquel tío medio hippie que se creía interesante por fumar un cigarrillo antes de ir a clase y se chuleaba por ser el primero en colgarse una anilla dorada. Era un infeliz que se veía como un pirata surcando el Cabo de Hornos solo por llevar un pendiente en la oreja. ¡Lo que tuvo que aguantar la pobre Nuria! Y lo peor fue que Mireia nunca admitió que había dicho nada, que ella nunca haría eso, que le dolía lo que le decíamos, que nos conocíamos desde pequeñas, que habíamos ido juntas de compras, que podíamos confiar en ella; para luego terminar preguntando que qué hacíamos con Soraya “la nueva”, que era sucia, que no celebraba las fiestas de la Virgen, que la iban a devolver a su pueblo para que se casara con un viejo. “Cállate, si te mordieras la lengua morirías envenenada” –le soltó Miriam, la hija de Judit la panadera, la más ágil de todas y la que menos se dejaba envolver por los mentirosos juegos de palabras.

En la puerta del instituto se concentran los estudiantes hasta que suena la sirena, las chicas en corros y los muchachos apoyados contra el muro. El pequeño grupo de amigas se dispersa mucho más rápido de lo normal y la dejan sola, sedientas todas por difundir entre los compañeros la buena nueva del cumpleaños. Estos, no sin comentarios, se acercan para darle dos besos. Besos salados a la pimienta, distintos a todos los anteriores, que anuncian divinos abismos. Ellos dicen “felicidades”, ella “gracias”, apoyan una mano en el hombro, el primer aliento en una mejilla y el segundo en la otra. Así con todos, también con él, con ese al que mira de reojo, al que vigila en los descansos, por quien pregunta a los demás sin mostrar un aparente interés. Baja la cabeza por el apuro que tiene en que le note que le tiembla el corazón, que el pulso se le marque en los pómulos. No sabe que parpadea cada vez que le ve, que los pies le empujan a saltar sobre él, que sueña con que trabajen juntos, que caminen de la mano. En este juego, tanto ellas como ellos, esperan su oportunidad sin mostrar demasiado las cartas, sin dejar ver la jugada que guardan.

El día pasa entre profesores aburridos y enseñanzas incompetentes. Cada alumno hace lo posible para que el reloj corra más rápido, para que el tiempo no se detenga entre la Revolución Francesa y la primera guerra carlista, no se cuelgue en una integral o una derivada, se acelere al analizar un texto de Josep Plá o un poema de Machado. Ella prefiere atender, a pesar de los inconvenientes que pueda tener la estrategia, es más práctico, todo se hace más corto. No obstante a veces se pierde en su mundo y parpadea. Los profesores dicen de ella que es buena alumna, que se concentra y cumple con sus quehaceres, pero para ella no valen nada, son el

enemigo al que declarar la guerra. Su abuela piensa que cuando sea mayor apreciará el trabajo de los profesores. Se equivoca. ¡Qué diferente es de la antigua escuela donde iba de niña!

Para los ratos muertos de ocio y asueto, de *jolas* como dice un amigo vasco de su padre, está el fútbol, el Barça. Siempre hay un partido de liga, copa o champions, un encuentro que da qué hablar: resultado, jugadas de gol, faltas, errores, penaltis y, sobre todo, declaraciones. En la prensa deportiva a todo el mundo le ponen un micrófono en la boca, cualquiera opina sobre Dios y Lucifer, y de este modo se leen palabras de ángeles vestidos de azul y grana y de demonios, que siguiendo la tradición cristiana, van expandiendo un perfume a blanco azufre. Los chicos suelen sacar un balón y juegan un partidillo contra el muro. Ellas miran, antes jugaban, pero ya no merece la pena, solo las más hábiles pueden moverse entre los muchachos. Y así están: una mirando de costado, otra sonriendo, y ella parpadeando cuando tocan el balón. Y siguen solas hablando de fútbol, de futbolistas. Qué guapo es el defensa que se ha enamorado de la estrella del pop, ella canta muy bien, ese jovencito de origen serbio es muy buen chaval, yo tengo una foto con él, no me digas, qué suerte, yo lo vi cuando vino a ver un partido de fútbol de un amigo al pueblo, el entrenador ha perdido el pelo en los últimos años, imagínate la tensión que ha tenido que pasar, dicen que es gay, a mí me parece estupendo, pero si tiene dos niñas, eso no importa, quedamos para ver el partido, será divertido, habéis visto las últimas fotos... y vuelta a empezar. Cada una defiende una posición, un jugador, una actitud, como las vírgenes vestales cuidaban de sus dioses, sin oponerse entre ellas. Una vez, Sara Emilia la ecuatoriana se descolgó con que le parecía guapo el delantero blanco. ¿Qué dices? Si es un chulo, si solo sabe hacer bicicletas, siempre pide falta cuando se cae, es un chupón de plástico. En el fondo no les importa, lo que pasa es que al padre de la morena siempre le ha gustado el Madrid y ella lo hace por él, es puro amor filial.

El día del cumpleaños continúa en casa con la familia. Su tía sube a felicitarla desde el piso de abajo exclamando y gesticulando con los brazos. “Si no puedo ni cogerte, ¡qué mayor te has hecho!, ¡qué bien te queda la coleta!, ¿qué tal en el instituto nuevo?, ¿te gusta?, ¿tienes amigas ahí?” “¿Te quedas a cenar, tía?” – responde abrazándola y sonriendo contenta–. “Tu primo me ha dicho que te llama a la hora de cenar” –insiste lanzando las palabras sin esperar respuesta–. Abandona los cuadernos en un rincón de su habitación, entre sus cosas y bajo las miradas de papel de los héroes del balompié, corre hacia el teléfono que no para de sonar: son los abuelos, suena de nuevo, un tío, ring-ring, otro tío, tintinea otra vez, y casi no pueden cenar tranquilos. En los postres es el primo el que llama, el último que faltaba en la lista de los posibles. Su madre aprovecha para sacar el pastel, encender las velas, cantar “Feliz cumpleaños”, y ella sopla apagando las llamas y pidiendo un deseo parpadea en silencio.

“¡Nena! Coge el teléfono de una vez” –dice su padre cansado de tanto ajeteo y de tantas rupturas por las felicitaciones de la hija–. “Muchas gracias” –dice mientras se levanta de la silla antes de cerrar la puerta de su cuarto–; “Qué ilusión me hace que hayas llamado” es lo último que se oye. La han visto parpadear. Y después nada, solo el asombro entre los suyos, la mesa callada escuchando el susurro de sus palabras tras la puerta. Al rato se sienta de nuevo con la cara radiante, sabe que todos la miran, esperan con curiosidad, suplican que rompa ese silencio incómodo. ¿Qué pasa?, ¿qué secretos guarda? piensa la madre, y con una mueca dispara: “¿Quién era?” Tranquila, segura de sí misma, como nunca antes lo había estado, la mira a su madre y responde: “Nadie, un amigo”. Solo el hermano menor vocifera para molestar a su hermana que no la oye, que todavía paladea la llamada flotando en el humo de las velas del pastel, en la magia de sus estrenados diecisiete. Aún resuena la voz del muchacho en su oído, su hablar leridano replica en sus sienas. Luego lo contará, ahora solo tiene sentidos y sentido para el sonido de las breves palabras del amigo de su primo, el de la foto, el de origen serbio, el héroe del balón: “Hola, soc lo Bojan. Felicitats!”